

ADRIAN
GOLDSWORTHY



BRIGANTIA
LOS ÚLTIMOS DRUIDAS

Año 100 d. C. Norte de Britania.

Flavio Ferox es un curtido centurión encargado de mantener la paz con las tribus del norte de Britania desde el fuerte de Vindolanda.

El gobernador de la provincia le ordena que se presente en la capital, Londinium. Pero justo antes de partir, aparece, en una letrina del fuerte, el cadáver de un liberto imperial al que han matado de forma brutal, y Ferox debe dar con el asesino...

Todas las pistas de la investigación le conducen hacia un viejo enemigo que prepara una gran conspiración cuyo objetivo es socavar los cimientos del Imperio.

En su camino, Ferox también se topará con bandidos, soldados y gladiadores que intentarán matarle, antiguos amigos que ahora son traidores, y se verá mezclado, muy a su pesar en el siniestro mundo de los druidas de la isla de Mona y en la encarnizada lucha por el poder entre los brigantes, la gran tribu del norte...

Para Robert.

PRÓLOGO

Los dos hombres siguieron el sendero que serpenteaba desde el fondo del valle hasta la solitaria granja. Eran hombres robustos, uno era algo más alto, el otro más ancho de hombros. Ambos llevaban cota de malla y casco, así como espada junto a la cadera izquierda. Eran pocos los selgovae de aquel entorno que podían lucir tan rica panoplia. El hombre más corpulento también portaba, en la mano derecha, una antorcha en alto. No había luna, pero los cielos eran como un campo infinito de estrellas brillantes y no resultaba necesaria la luz de la antorcha para seguir el camino. En todo caso, servía para alertar a quienquiera que los viera de que se aproximaban dos guerreros duros y bien armados.

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —dijo el más alto.

Era estrecho de rostro, con la piel tensa sobre los músculos, lo que le daba cierto aire de caballo en celo. Su acompañante ignoró el comentario y siguió adelante. De vez en cuando se levantaba una leve brisa que hacía que la llama se meciese y chisporroteara.

No parecía que nadie, en la granja, se hubiese percatado de su presencia. Era muy parecida a las otras que moteaban tanto el valle como gran parte de Britania, con una vivienda principal de techumbre cónica algo más alta y más ancha que las chozas de planta redonda que tenía a ambos lados. Los edificios proyectaban una profunda sombra, con esporádicos indicios de movimiento provocados por el ga-

nado que, en los cercados, comía e iba de un lado a otro. Un poco más arriba, el brezo estaba pálidamente iluminado por la luz de las estrellas. A los selgovae no les gustaba vivir demasiado cerca de sus vecinos. Los hombres sentían la necesidad de tener espacio a su alrededor, por lo que las familias vivían alejadas y se ocupaban de cuidar sus propios rebaños y de arar sus campos. Eburo, el viejo que vivía allí, sentía más aversión por la gente que la mayoría. La casa más cercana estaba a casi dos millas de distancia, y su propia granja estaba encaramada a una estrecha explanada a media altura, en la pendiente oriental del valle. Más allá del poco profundo foso que rodeaba los tres edificios, la pendiente se tornaba más empinada y luego daba lugar a altos farallones, negros y sombríos incluso en esa noche clara. Nadie podía acceder al valle por allí, tampoco huir.

—Quiero decir que podríamos esperar —dijo el más alto—, capturarlos mañana o al día siguiente.

Hablaba en latín; decía las palabras con claridad, y estaban elegidas cuidadosamente, si bien era cierto que teñidas del deje áspero de su gente. Vindex era uno de los carvetos, norteños estrechamente vinculados por sangre a los brigantes, la tribu más populosa de toda Britania. A lo largo de los siete últimos años, había estado al mando de los exploradores que su caudillo había enviado a servir junto al ejército romano.

Su acompañante siguió sin responder y sin detenerse. Ya estaban a medio camino pendiente arriba, donde el sendero llegaba hasta un ancho pedrusco gris y luego bordeaba el montículo que había tras él. Había dos grandes piedras más allá del montículo.

—Creo que podría tratarse de una mujer —farfulló Vindex cuando alcanzaron la pareja de piedras, redondeadas y casi idénticas—. Ahí tumbada, esperando.

Alguien debía de haber pensado lo mismo, porque el nombre del lugar era «el valle de la Madre» o, a veces, «el valle de la Reina». Puede que alguna diosa hubiese dejado

allí su impronta a modo de bendición, porque la cebada que crecía en los campos alrededor de la granja era alta y gruesa.

—Pronto será tiempo de cosecha —añadió—. Aunque es probable que ese viejo holgazán de Eburo tarde en molestarse en recogerla. Le estaría bien empleado que una tormenta se la echara a perder.

Se detuvo para acariciar los bultos de una de las piedras, que bien podrían haber sido unos senos, y sonrió. Le gustaban las mujeres; ya había llorado la pérdida de dos esposas, y acababa de tomar una tercera. Antes de partir, ella le había dicho que quizá estuviera embarazada. Se sentía emocionado al pensarlo, aunque también temía por ella.

Su compañero seguía ignorándole y remontando la pendiente. Llevaba un yelmo de hierro dotado de un guardanucas ancho y largo, amplias carrilleras y un penacho transversal de plumas que le hacía parecer aún más alto. Era el modo en el que los romanos distinguían a los centuriones para que tanto amigos como enemigos pudieran identificarlos en medio del caos de la batalla. Flavio Ferox pertenecía a la Legio II Augusta, pero servía lejos de su unidad, en calidad de *regionarius*, y era el hombre responsable de velar por la paz y el imperio de la ley en una zona cercana al fuerte de Vindolanda. Meses atrás el principal *regionarius* del norte había sufrido una muerte particularmente cruenta y, desde entonces, Ferox actuaba en su lugar. Sea como fuera, se encontraban muy al norte, más allá de cualquier distrito formalmente establecido por Roma o bajo su responsabilidad. Nadie, salvo Ferox, hubiera ido tan lejos en su persecución, menos aún con tan pocos hombres. No era la primera vez que contaba con Vindex para algo así, y el explorador dudaba que fuera a ser la última.

Vindex le dio a la piedra una última palmada y le siguió. Ferox ya estaba bastante adelantado, y trepaba por la pendiente en lugar de seguir el sendero que la bordeaba. Permaneció de pie en lo alto un instante. Una ráfaga de viento

siseó entre la cebada, agitó el penacho de plumas e hizo que la luz de la antorcha bailara violentamente. Ferox le dio la espalda a la brisa y bajó la antorcha para que la llama volviera a cobrar vida y no se extinguiera. El viento amainó y, en cuanto se convenció de que la antorcha volvía a arder como debía, el centurión miró más allá del parlanchín explorador y hacia el fondo del valle. Los tres puntos de luz, provenientes de antorchas como la que él llevaba, estaban donde debían. Ferox gruñó satisfecho.

—Así que estás despierto —dijo Vindex mientras le miraba desde abajo—. Bueno, casi.

Ferox volvió a gruñir. Los carvetos hablaban mucho, incluso en comparación con el resto de los brigantes. Tanto los unos como los otros hacían que los romanos parecieran reservados.

Vindex trepó para unirse a él.

—¿Cómo se supone que deben sostener una antorcha y hacer sonar el cuerno a la vez? —preguntó—. ¿Puedes responderme a eso, centurión?

El viento volvió a soplar y Ferox se giró y se inclinó para proteger la llama. Ignoró la pregunta, porque era una de tantas a las que, en realidad, no podía responder. Dos días atrás sus presas se habían encontrado con un jinete solitario que luego se dirigió al este mientras el resto seguía hacia el norte. Ferox había enviado a otro explorador y a uno de sus romanos en busca de aquel, fuera quien fuese. El explorador no era un verdadero guerrero, mientras que el soldado, un corpulento tungro, era capaz de perderse dentro de un fuerte si se le dejaba solo, con lo que ambos sumaban un hombre entero y capaz. Las huellas daban a entender que el fugitivo era menudo, puede que un joven, así que los dos podrían encargarse de él si le daban caza. Bien era cierto que cualquiera dispuesto a darse cita con los hombres a los que perseguían tenía que ser osado en extremo. Ese era otro misterio dentro de un misterio mayor, y Ferox no estaba seguro de por qué quería que dieran con

aquel jinete, salvo por el hecho de que no le gustaba dejar cabos sueltos. Todo aquel asunto resultaba extraño. Tenía la corazonada de que se trataba de algo importante y sabía que nada era lo que parecía, así que había hecho caso a su instinto y les había ordenado que le trajeran al jinete, ya fuera vivo o muerto, junto con todo lo que llevara encima.

—Siempre y cuando no se apaguen antes de que las vean.

Vindex había hablado en voz alta para imponerse al viento interrumpiendo sus pensamientos, más aún cuando la brisa se detuvo de repente y le dio la sensación de que el explorador estaba gritando. Los dos miraron hacia la granja, pero aún no había señal alguna de que hubiesen reparado en ellos.

—Lo oirán —dijo Flavio Ferox al fin.

—¿Ah, sí? ¿Lo oirán? —preguntó Vindex cuando supo que su compañero no diría más. Después de tantos años estaba acostumbrado a las rarezas de su amigo. Aunque eso no significaba que le resultaran menos exasperantes—. ¿Estás seguro de que ese griego enano sabe hacer sonar una tuba?

—Filo nunca deja de hablar. —El tono de Ferox insinuaba que este hecho indicaba, por sí solo, la capacidad de su esclavo a la hora de hacer ruido—. Y fue él quien me dio la idea. Me contó una historia una vez, sobre un héroe de su pueblo que, con solo trescientos guerreros y de noche, se acercó con sigilo y rodeó el campamento de un inmenso contingente enemigo. Cada uno de ellos tenía una antorcha y una tuba, todos hicieron sonar los instrumentos al tiempo y agitaron las antorchas. Aterrorizaron al enemigo hasta tal punto que fueron presa del pánico, se mataron entre ellos por error y huyeron. Un dios les nubló la mente.

Vindex cogió la rueda de Taranis que llevaba colgada del cuello y besó el bronce.

—¿Tenemos un dios de nuestra parte esta noche? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Preferiría trescientos guerreros. —Vindex suspiró—. Si esperamos, puede que nos alcance una patrulla. El rastro es claro. Yo podría seguirle con un ojo solo, y a medio abrir. Y tú podrías seguirle incluso durmiendo.

—¿Y la chica?

—Si no ha muerto ya, ¿por qué iban a matarla ahora? De paso tendrían que acabar con Ebuero. Puede que sea un carcamal antipático, pero no va a permitir que maten a nadie bajo su techo salvo que sea él quien lo haga.

—Cistumuco asesinaría a todo el mundo sin pestañear —dijo Ferox con amargura—. Rufo lo haría con una amplia sonrisa siempre y cuando creyera que puede salirse con la suya. El viejo y su familia ni los molestarían ni intentarían impedirselo. —Hizo una pausa, alzó la antorcha y, con delicadeza, la movió de izquierda a derecha, y luego de nuevo, tres veces. En el fondo del valle los tres puntos de luz bailaron a modo de respuesta.

—¿Y Rufo está ahí?

—Sí.

Rufo era un desertor del ejército que había dejado un rastro de sangre desde que, dieciocho meses atrás, huyera de su cohorte. Cistumuco era un forajido de una de las tribus del norte. A ambos se les temía como hombres malos que eran, incluso en aquellas tierras duras. Resultaba evidente que los rumores eran ciertos y que se habían asociado.

—Están los dos ahí, junto con un par de guerreros y la chica.

Las huellas hablaban por sí solas, incluso sobre un suelo endurecido después de un mes que, extrañamente, apenas había traído lluvias.

—Matar a un anfitrión no es algo que ni siquiera esos cabrones harían a la ligera —continuó Ferox—, pero nuestros caballos están agotados y, salvo nosotros, tan solo el *tubicen* está en condiciones de luchar, aunque tampoco

contaría mucho con él. Así que no podríamos darles caza mañana, y, si lo lográramos, nuestras opciones en campo abierto no serían del todo buenas. Si esperamos a los demás, acabarían por sacarnos demasiada ventaja y, o bien se nos escaparían o bien matarían a la muchacha en cuanto nos vieran aparecer.

No dijo más, y se limitó a emprender de nuevo el camino por el sendero.

—¿La conoces? —preguntó Vindex cuando le alcanzó.

—¿A quién?

—A la esclava.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? Ya viste lo que hicieron.

—Sí.

La muchacha era esclava, casada con un esclavo, y ambos, junto con su hijo pequeño, eran propiedad de un liberto imperial que en su día también había sido esclavo. Hacía tiempo que Vindex había dejado de intentar comprender a los romanos. El hombre estaba llevando una carreta repleta de mercancías pertenecientes a su amo cuando sufrió una emboscada, y el soldado que se suponía que era su escolta no pudo hacer más que morir con ellos. Fue la suerte la que hizo que Ferox y Vindex pasaran por el lugar medio día después. Vieron los cadáveres, aunque desearon no haberlos visto, y siguieron el rastro durante tres días, cabalgando sin descanso. Ferox envió a un jinete de vuelta a Vindolanda para pedir refuerzos, aunque no albergara muchas esperanzas de que fueran a llegar a tiempo, y así dio comienzo la merma de la pequeña partida.

—Merecen ser ajusticiados —dijo Ferox con voz plana, cuando esta solía ser musical, lo que siempre indicaba que no serviría de nada intentar convencerle de lo contrario.

—Así es. —Vindex miró a su compañero—. Y hay muchos como ellos por ahí.

Ferox se giró y sonrió.

—No tienes por qué venir conmigo.

Vindex se detuvo y vio cómo su amigo seguía adelante. Su penacho se bamboleaba a medida que ascendía por el sendero. El casco de hierro desprendía un brillo rojo a la luz de las llamas, al igual que su cota de malla. No miró atrás.

Vindex suspiró.

—Es cierto, porque en realidad no lo es. —Las palabras fueron poco más que un susurro, porque sabía que no importaba lo que dijera.

Los brigantes tenían fama de apoyar a sus amigos a cualquier precio, y los carvetos tenían fama de leales incluso entre los suyos. Ferox era su amigo, le gustara o no al romano, y eso significaba que Vindex le seguiría ahora y siempre, hasta su último aliento. Volvió a llevarse la rueda de Taranis a la boca, la presionó contra sus labios y la dejó caer de nuevo por el cuello de la cota de malla. Le dio una palmada a la cúpula de bronce de su anticuado casco militar para comprobar que estaba bien sujeto, aferró la empuñadura de su espada larga y tiró de ella para asegurarse de que se deslizaba con facilidad de la vaina. Luego negó con la cabeza.

—Cabrón. —Dijo la palabra con verdadero afecto y siguió a Ferox.

La granja ya estaba cerca, a menos de cien pasos de distancia. Vieron un repentino resplandor rojo provocado por una llama cuando alguien abrió la puerta del edificio principal para entrar o salir. Sin embargo, seguía sin haber nada que indicara que habían reparado en ellos. Salieron de los campos de cebada a un claro delante de la granja. A pesar del largo período seco, el sendero empezaba a mostrarse embarrado merced al paso diario de los animales. Uno de ellos, un poni con una gran mancha blanca en la cabeza, los observaba desde el cercado de brezo de uno de los corrales que había junto a las cabañas. El foso en torno a la granja no era profundo, y, a juzgar por el olor, estaba repleto de los desechos de la familia que vivía en ella. Los selgovae no utilizaban sus propios excrementos para fertili-

zar sus campos, sencillamente se deshacían de ellos y se olvidaban. Esta última suponía una capa más de olor que añadir al que desprendían los cerdos, las ovejas, las cabras, los ponis y la comida en descomposición.

Había un único acceso para salvar el foso, aunque «acceso» quizá fuera un nombre demasiado grandioso para la tierra que ni siquiera se habían preocupado de quitar. El foso, al igual que las vallas en torno a los corrales de los animales, estaba ahí para evitar que las bestias escaparan y para que a los ladrones les resultara un poco más difícil robar sin llamar la atención.

Ferox y Vindex se detuvieron ante el acceso. El centurión se volvió y movió la antorcha por segunda vez. En el valle las tres llamas rojas imitaron el movimiento a modo de respuesta. Una tuba de bronce hizo sonar una escala ascendente, que repitió acto seguido.

—El chico es bueno —murmuró Vindex; sabía que se trataba de Bano, el *tubicen* de Vindolanda. La última nota se difuminó, y tuvieron que esperar lo que se les antojó una eternidad antes de oír un agudo pitido, luego nada y luego una nota chirriante—. Esa no ha salido tan bien.

Se trataba de Filo, el esclavo que libraba una guerra sin cuartel contra la suciedad de las dependencias de su amo, menos exitosa aún que la que libraba contra la de su atenido.

—No nació para la música —añadió Vindex con pesar.

No hubo movimiento en la granja, e incluso el poni de la mancha blanca les dio la espalda.

—¡Eburo! —gritó Ferox, con tal fuerza que Vindex arrugó el gesto. Para ser un hombre que gustaba del silencio más sombrío, el centurión gozaba de una voz sorprendentemente potente—. ¡Noble Eburo! ¡Estamos ante tus puertas y queremos hablar contigo! —El viejo ni era noble ni tenía puertas dignas de tal nombre, pero la cortesía era importante. Ferox hablaba el idioma de las tribus y, después de una década en el norte, tan solo había un leve rastro del

acento de su pueblo. Aunque fuera romano y centurión de la Legio II Augusta, Ferox había nacido príncipe de los siluros, una tribu que había combatido contra Roma durante veinte años y que, al final, había perdido. En su adolescencia había sido enviado como rehén al Imperio, recibió la educación típica de un buen romano y se le concedió la ciudadanía además de convertirse en oficial. Vindex siempre sintió que dos espíritus diferentes, incluso hostiles, luchaban por hacerse con el alma de su amigo.

Esperaron.

—Puede que se hayan matado entre ellos —dijo Vindex con entusiasmo.

Había luz bajo la puerta de la choza principal. Percibieron el merodeo de una sombra negra.

—¡Marchaos! No sois bienvenidos. —Parecía la voz de un niño.

—Ah, la cálida y afamada hospitalidad de los selgovae —susurró Vindex chorreando ironía.

Ferox le ignoró.

—¡Muéstrate, Eburo! Tenemos que hablar. —Creyó oír una discusión.

—¿Quién eres? —dijo el muchacho.

—Ferox, el centurión *regionarius*. Debemos hablar.

—Ya tengo invitados, y no hay espacio para más. — Aquella voz era más grave, más preñada de petulancia. Hubo movimiento en la puerta; la mayor parte de la luz quedó ensombrecida y dio lugar a una silueta enjuta y alta que parecía bambolearse mientras caminaba hacia ellos—. Daos prisa. Mi lumbre es cálida y la noche es fría.

Eburo tenía más de cincuenta años, pero parecía mucho mayor. Le sacaba una cabeza a Vindex, si bien estaba más delgado de lo razonable. Sus brazos desnudos parecían palos, y tenía un cuello larguísimo y arrugado como el de un lagarto. El cabeza de familia se dirigió a la parte interior del acceso.

—¡Hablad! ¡Y hacedlo rápido! —Se manoseó los pantalones y empezó a orinar en el foso.

—Me conoces, noble Eburo. —Ferox alzó la voz para superar un intenso salpicar que parecía no tener fin.

Había hablado con el sujeto varias veces a lo largo de los años. Una noche incluso había recibido el cobijo de su techo y el calor de su hoguera. Tanto la casa como sus ocupantes eran sucios y poco acogedores: allí la hospitalidad escaseaba incluso para lo que eran los selgovae, salvo por la deliciosa e intensa cerveza que le sirvieron en grandes cuencos. Ferox confiaba en que el potente brebaje hubiera tenido efecto.

El viejo pareció considerar la cuestión antes de responder, y, durante todo ese tiempo, la orina no dejó de fluir. El poni de la mancha blanca volvió a aproximarse al cercado y lo observó claramente impresionado.

—Sé quién eres —reconoció Eburo al fin.

Ferox vio movimiento junto a la puerta y habló en alto para hacerse oír.

—He venido a por tus huéspedes. A por Cistumuco, a por el romano que una vez se llamó Rufo y a por sus acompañantes. Los mataré esta noche o me los llevaré en calidad de prisioneros para que reciban su justo castigo. Son asesinos.

Eburo parpadeó varias veces; sus ojos observaban desde el rostro arrugado como si le costara comprender. Al fin cesó de fluir el líquido.

—Son mis invitados y comparten mi hoguera.

Ferox se volvió y movió la antorcha. Las luces del valle oscilaron como respuesta. Bano volvió a tocar la tuba y, esta vez, Filo consiguió emitir un sonido algo más alto, aunque vacilante.

—Me acompañan nueve jinetes bátavos —proclamó Ferox, que volvió a encararse con el viejo—. Ya sabes la fama que tienen como guerreros. También habrás oído hablar de

Vindex, de los carvetos, que está aquí, a mi lado. Seis de sus guerreros esperan en el valle.

En realidad tan solo estaban Bano, Filo y uno de los exploradores de Vindex. Filo apenas sabía sostener derecha una espada. Por su parte, el explorador se había lastimado la pierna al comenzar el día y caminaba con mucha dificultad. Estaba seguro de que alguno de los selgovae los habría visto, aunque albergaba la esperanza de que el antipático viejo no hubiera hablado con ninguno de sus vecinos en las últimas horas.

—Son mis huéspedes. —Eburo parecía más desconcertado que otra cosa.

—Y yo debo matarlos o llevármelos.

—Están bajo mi techo. —El mal humor de Eburo empezaba a sofocarse y sus palabras se convirtieron en un balbuceo—. ¿Acaso no sabes lo que significa eso?

—Él es romano —dijo Vindex—. No entienden nada que no tenga que ver con hierro para matar o con oro para llevarse.

—¡Esto es lo que les propongo a tus huéspedes! —gritó Ferox—. Salid y luchad con nosotros dos. Mis hombres no intervendrán. Si nos matan, juro por los dioses de Roma y por el sol y la luna que mis hombres les permitirán ir en paz y que esperarán dos días antes de emprender de nuevo la caza. Es una oferta justa.

—Los dioses de Roma. —Eburo escupió y luego se acordó de subirse los pantalones y abrocharse el cinturón. No llevaba armas, y solo entonces Ferox se percató de que estaba descalzo.

—¿Y si no salen? Son mis huéspedes y gozan de mi protección hasta que el sol se levante. —El viejo dio un paso al frente—. No les exigiré que se vayan. ¿Y si no salen?

Ferox sintió admiración por el orgullo del viejo y por su firmeza, y se preguntó si Eburo sabía o presentía que iba de farol.

—Deben salir.